



VIVOS

EN EL AVERNO NAZI

En busca de los últimos supervivientes españoles de los campos de concentración de la segunda guerra mundial

Montserrat Llor

CRÍTICA

Montserrat Llor Serra

VIVOS EN EL AVERNO NAZI

*En busca de los últimos supervivientes españoles
de los campos de concentración
de la segunda guerra mundial*

Prólogo de

Josep Fontana

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2014
Segunda impresión: febrero de 2014

Vivos en el averno nazi
Montserrat Llor

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Montserrat Llor, 2014
© del prólogo, Josep Fontana, 2014

© Editorial Planeta S. A., 2014
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es
www.espacioculturalyacademico.com

ISBN: 978-84-9892-657-6
Depósito legal: B. 27560 - 2013
2014. Impreso y encuadernado en España por Cayfosa

Índice

<i>Dedicatoria y agradecimientos</i>	9
<i>Prólogo de Josep Fontana</i>	11
1. Vivir con el silencio en las entrañas. Introducción y objetivos de la investigación.	15
2. El inicio. La incógnita del abuelo muerto en Gusen.	23
3. Listados clandestinos salvados del fuego nazi: archivos Juan de Diego.	31
4. Conchita Grangé Veleta —Conchita Ramos—. Hacia Ravensbrück a bordo del tren fantasma	37
5. Manuel Alfonso Ortells. El hombre que dibujó la muerte en el campo	51
6. Francisco Bernal. El ingenio de un zapatero apodado «Gandhi»	65
7. Marcelino Bilbao Bilbao. Último superviviente de los experimentos médicos nazis	85
8. Segundo Espallargas Castro (Paulino). El boxeador imbatido de Mauthausen	105
9. José Alcubierre Pérez. El último Poschacher vivo que ayudó a sustraer las fotos del campo.	115
10. León Arditti. Terror en la Buna, la fábrica de la muerte de Auschwitz	127
11. Elisabet Ricol —Lise London—. Una intelectual brigadista al servicio de la Resistencia.	147

12. Jesús Tello Gómez. Horribles torturas en el barracón 32 de los «inválidos»	163
13. Alejandro Vernizo. El horror de la trituradora de piedra y la cantera de Kastenhof	181
14. Emilio Caballero Vico. Mauer <i>kommando</i> , albañiles al servicio de los nazis.	191
15. Luis Estañ Alfonsea. «El Asturias, el kapo más temido, me protegió.»	201
16. Luis González Peña. Recuerdos de la cantera Poschacher .	209
17. Ramiro Santisteban Castillo. Junto a su padre y su hermano, con la muerte en los talones	217
18. Lázaro Nates Gallo. El trabajo en la granja de animales de los SS	235
19. Esteban Pérez Pérez. El militar que elaboró combustible para los misiles V1 y V2	245
20. Edmon Gimeno Font. Deportado en el mismo tren que Jorge Semprún	253
21. José Marfil Peralta. El hijo del primer español muerto en Mauthausen.	271
22. Alfredo Rotella Morán. Los dos trajes a rayas de Buchenwald	285
23. Neus Català Pallejà. «Boicotear, boicotear, boicotear...» .	297
<i>Bibliografía</i>	315
<i>Créditos de las imágenes</i>	321

1

Vivir con el silencio en las entrañas. Introducción y objetivos de la investigación

HAN TRANSCURRIDO MÁS DE setenta años y, con el paso del tiempo, cada vez son menos los españoles que viven para contar cómo vivieron el horror nazi y la tortura en los campos de concentración o *Lager* de Hitler durante la segunda guerra mundial. Son las últimas voces que rememoran unos hechos históricos en primera persona. Son Historia Viva, pero en pocos años solamente quedará la información recopilada por los historiadores, los textos escritos y algunos documentales.

Vivos en el averno nazi fue el primer título que pensé para hablar de estos españoles que, además de contar su experiencia, narran su ingenio para sobrevivir dentro del infierno de los campos. ¿Cómo lo lograron? Haciendo dibujos pornográficos a cambio de un poco de comida, boxeando sin perder jamás, mostrando sus habilidades artísticas, haciendo contrabando de ropa y alcohol para los kapos del campo y los nazis, arreglando las botas de cuero de sus verdugos... Era su propia lucha, honesta y lejos de las traiciones cometidas, incluso a veces, por algunos de sus propios compañeros de presidio.

Hoy la sociedad se ha acostumbrado a leer, ver y escuchar narraciones de todo tipo sobre el mundo nazi y sus aberraciones. Podría decirse que lo ve como algo lejano y se ha habituado a oír terribles historias. Nuestros abuelos no. Lo sufrieron muy de cerca y resulta muy peculiar que lo recuerden tan bien aun siendo nonagenarios o centenarios. Ellos sufrieron la guerra civil, el exilio, los campos de internamiento en Francia y, por último, al estallar la segunda guerra mundial, el traslado a los campos de concentración nazis.

Recuerdo que cuando era pequeña circulaba por casa, escondida en una cajita de madera, una endeble pulsera, una cadenita con una chapa en la que figuraba el número 1.515. Perteneció a mi tío abuelo, preso en un campo de internamiento francés. Era un misterio, nadie supo nada de él, sólo que era militar y murió en Francia. Aquella pulsera junto con otros de sus enseres, guardados en aquella cajita tan peculiar, permanecían impregnados de recuerdos. En mi familia apenas se hablaba del tema, como en tantas otras, quizá por desconocimiento de la realidad. Tampoco se habló apenas de mi tía abuela, todo un personaje que al inicio de la guerra civil fue presa y torturada en las famosas checas, concretamente en el buque cárcel *Uruguay*, anclado en el puerto de Barcelona.

Esto, y mucho más, siempre despertó mi interés, aunque permaneció silenciado durante años. Curiosamente, en el año 2007, hablando con mi marido, Pablo Villarrubia, también periodista, en nuestra casa de Madrid, el tema salió de nuevo a la luz. Él tenía su propia historia familiar, concretamente su abuelo, preso y muerto en Gusen (Austria).

A raíz de todos estos acontecimientos personales y familiares comencé a leer memorias de supervivientes, recopilar documentación en hemerotecas y archivos, visitar algunos campos nazis y, más tarde, empecé a rescatar el testimonio de los supervivientes que iba localizando para visitarles en sus casas. Abrieron sus puertas de par en par, mostraron fotos antiguas, documentos, textos escritos al salir del campo, cartas inéditas, siempre con total predisposición y entrega. Para mí fue toda una investigación enriquecedora, como periodista y como persona, en la que se sumergió por completo mi marido y cómplice, Pablo, quien, en realidad, habría sido el inductor de todo esto.

Es un trabajo de campo apasionante: más de 20 entrevistas con supervivientes españoles y, posteriormente, otros tantos franceses, italianos, incluso rusos tras un viaje a Siberia. Muy pocos residen en España, algunos en Austria, otros en Italia y, casi todos en Francia, país donde permaneció la inmensa mayoría de españoles para no regresar a una España gobernada por Franco. Son presos de los campos de Mauthausen, Gusen, Ebensee, Dora-Mittelbau, Buchenwald, Auschwitz Monowitz, Bergen Belsen, Natzweiler-Struthof y Ravensbrück con sus correspondientes anexos y *kommandos* externos. El promedio de edad en el momento de la entrevista oscila entre los 85 y los 100 años, por lo que, durante la guerra, unos eran niños o adolescentes, pero otros eran hombres en edad militar. «Es algo que jamás se olvida,

impregna todo tu ser», comenta alguno de ellos al asegurar que todavía hoy tiene pesadillas por las noches.

Todos y todas desde un principio han mostrado su interés por hablar. «Me pasaría todo el día hablando de los campos», comentaba un español muy inteligente, con una memoria milimétrica, residente en Toulouse, Jesús Tello. Y realmente fue así, estuvimos en su casa todo el día, hasta el anochecer. Era uno de los más fuertes y enérgicos, pero por desgracia falleció en febrero de 2013.

Cada cual respondía a la llamada de una forma diferente, en función de su carácter. Con uno de los entrevistados en París, Lázaro Nates, natural de Laredo, mantuve hasta tres conversaciones previas por teléfono para acordar día y hora. Fue escueto y seco, quizá desconfiado, algo lógico. Escuché, como otras veces, aquello de «¿Qué quiere usted de mí?». Pues sí, yo quería conocer a este hombre que fue el redactor jefe del boletín *Hispania*. Aquel hombre, culto, viajero nato y pintor amateur, había escrito a mediados de los años ochenta una columna en dicho boletín en homenaje al fallecimiento de un pintor deportado en Mauthausen, Eduardo Muñoz «Lalo», y su cuadro *Los fusilados*, de inspiración goyesca.

El boletín *Hispania* fue dirigido por otro deportado, fallecido años después de la liberación, el poeta catalán Roc Llop, cuya poesía «Aquella Mort» («Aquella Muerte») me leyó en su casa de Burdeos, por ser su favorita, otro superviviente español al que entrevisté, el dibujante catalán Manuel Alfonso Ortells, compañero de barracón precisamente de «Lalo», quien fue amigo y protegido de Picasso. Ortells me mostró su carpeta con dibujos inéditos realizados en Mauthausen mientras recordaba alguno de corte pornográfico que efectuó a un SS para sobrevivir y obtener una ración más de comida. Fue una entrevista muy coloreada.

En suma, todos conocen bien aquel boletín *Hispania*, editado por la FEDIP —Federación Internacional de Deportados—, disuelta desde hace años, cuyo presidente, Ramiro Santisteban, otro superviviente al que visitamos en su casa de París, está casado con Niní, una administrativa que tuvo en sus manos los expedientes de los oficiales nazis al acabar la guerra. Ambos mostraron sus recuerdos y algunos dibujos realizados por el popular dibujante Arnal, también preso en Mauthausen y compañero de angustias.

Más tarde visitaría a tres personajes tan humanos como peculiares: Francisco Bernal, el zapatero de Ebensee; Marcelino Bilbao, que so-

brevivió a los experimentos médicos de los SS, y Segundo Espallargas, alias «Paulino», el boxeador imbatido de Mauthausen, tristemente fallecido semanas después de la visita a su casa en las afueras de París.

Son vidas intensas, al límite. Y estos son unos pocos, hubo muchas más entrevistas, siempre desde el punto de vista humano y social. Sólo hace falta acercarse a estas personas porque, al final, todo se interrelaciona cuando uno quiere saber y conocer.

Tenía como primer objetivo conocer a estos supervivientes, que me contaran cómo consiguieron sobrevivir. Pero también quería profundizar en el aspecto psicológico-emocional, saber cómo viven hoy, en su vejez, aquellos recuerdos de la guerra, exilio, deportación, el retorno (o no retorno) y el silencio. Cómo superaron aquella situación y cómo han vivido con ello todos estos años. Además, es importante y fundamental el entorno familiar. ¿Cómo lo ha vivido la familia? Y en el caso de los hombres deportados, ¿cómo lo han vivido sus mujeres?

Durante las entrevistas he tenido la ocasión de conversar con algunas esposas. El perfil emocional, en general, es siempre de dolor y lástima. Son absolutamente sinceras. El retorno, tras la deportación, conllevó un silencio doloroso durante muchos años. Todas respetaron este silencio. Y cuando ellos comenzaron a hablar de sus experiencias (hace relativamente pocos años) lo respetaron y algunas, además, participaron activamente en la recuperación de sus recuerdos, asistiendo a los actos conmemorativos y ceremonias.

Pero también he conversado con algunas mujeres agotadas de que sus esposos recuerden una y otra vez aquellos acontecimientos de los campos nazis. Algunas son francesas, pero otras son españolas, muy jóvenes entonces, que vivieron el exilio en Francia y también tienen sus recuerdos, sus vivencias, su dolor, pero no lo cuentan, guardan silencio. Anteponen la vivencia del marido a la suya propia.

La mayoría de los deportados eran hombres, pero también hubo mujeres. Este era mi segundo objetivo: conocer en primera persona la experiencia de las mujeres deportadas a los campos nazis, principalmente a Ravensbrück (Alemania) y sus anexos. De ellas siempre se ha hablado menos, incluso algunas han permanecido prácticamente invisibles. ¿Sufrieron igual que los hombres? En ellas habría que añadir otro factor: su propia condición de mujer y los sufrimientos adicionales que conllevaba: salvajes experimentos médicos, dolor físico en las exploraciones ginecológicas, esterilización, exterminio de las embarazadas, eliminación de sus hijos ante su presencia, la muerte de las pro-

pías madres, la prostitución... El impacto físico y psicológico generado en ellas creó una larga etapa de silencio e introspección.

Tras conversar en París con Elisabet Ricole, más conocida como Lise London por su marido Artur London —político checoslovaco y escritor preso en Mauthausen—, visitar a la intelectual francesa Annette Chalut, presidenta de la Amical Ravensbrück París, pasar un día con Neus Català en su casa de Barcelona y asistir a las charlas de Conchita Grangé Veleta en el Museo de la Resistencia de Toulouse, observé algunos aspectos en los que hacían especial énfasis y que distinguen a estas y otras mujeres. No conseguí visitar a Carmen Cuevas, resistente luchadora que residía en París desde años atrás, pues su salud era ya muy precaria y poco después falleció.

¿Qué cuestiones destacaban? En primer lugar, el orgullo de guardar silencio cuando fueron detenidas y torturadas por la Gestapo. Jamás delataron a nadie.

En segundo lugar, la solidaridad interna de las presas en los campos nazis. Incluso cambiaban los números de identificación o de matrícula de las deportadas condenadas a morir por los de las que ya habían fallecido. Así se salvaban de ser conducidas a la muerte o las cámaras de gas.

En tercer lugar, en los barracones donde dormían, algunas mujeres, como Elisabet Ricole, crearon unas estructuras de supervivencia muy útiles: organizaron pequeñas familias en las que una presa asumía el papel de madre. Era el apoyo directo para mantener el ánimo.

Y por último, el sabotaje, punto culminante de las mujeres en su trabajo forzado en las fábricas de armamento nazis. Saboteaban todo lo que podían, práctica peligrosa condenada de inmediato con la tortura y la muerte más atroz. Neus Català gritaba en su casa con tono tan irónico como divertido: «¡Sabotear, sabotear y sabotear, con aceite, con saliva, había que sabotearlo todo, todas las armas, todas las balas!». Otras, algo más comedidas en sus respuestas, citan con ánimo a la etnóloga, intelectual y resistente francesa Germaine Tillion, compañera de españolas en Ravensbrück, quien decía al respecto de cómo disimular el sabotaje ante los SS: «hay que ser inteligentemente imbéciles y torpes».

Así lo expuse en una conferencia en las I jornadas Memoria y Trauma organizadas por el grupo «Memoria y Trauma» junto con el Instituto de la Mujer de Madrid en noviembre de 2012. La persistente y profesional labor de las compañeras M.^a José Palma, Brigitte Leguen,

María-Cruz Estada y Ángeles Palacio, psicólogas, psicoanalistas y educadoras, sigue su curso hoy en la nueva entidad que han creado y ampliado bajo el nombre de Asociación para la Investigación de Conflictos Contemporáneos. Desde este espacio siguen adelante con el análisis del trauma humano consecuencia de graves conflictos mundiales.

Para finalizar, debo decir que durante el viaje a Austria para visitar Mauthausen y sus anexos, coincidí con el conocido publicista y empresario Lluís Bassat, quien me habló de sus familiares muertos en Auschwitz y de un pariente suyo que logró sobrevivir a Monowitz. Fue así como decidí entrevistar al sefardita Léon Arditti, residente en Francia, cuyo libro de memorias *Vouloir vivre* (Ed. Harmattan) me impactó notablemente. Es un reflejo de lo que vivieron los judíos en los campos de exterminio, de lo que fue la Shoah, la destrucción masiva de millones de vidas y familias. Arditti era un superviviente de la Buna, en Auschwitz Monowitz, la fábrica de la muerte, y había perdido a muchos integrantes de su familia. De él aprendí el significado de la palabra «perdón» —sin olvidar, eso sí— tras el sufrimiento y el tormento que significa ver morir a los tuyos. Mantenía sus recuerdos vivos, con detalles inimaginables que me narró en un español muy correcto aún a pesar de vivir toda la vida en Francia.

Casi al mismo tiempo contacté, gracias a Casa Sefarad-Israel, con un intelectual residente en París que también sufrió el holocausto: Haïm Vidal Sephiha (Bruselas, 1923). Este lingüista, profesor emérito de la universidad de la Sorbona y autor de la primera obra en el judeo-español hablado hoy en día, también sufrió en su familia el holocausto. Mientras su padre moría en Dachau, él era transportado a Auschwitz-Birkenau en el año 1943. Hablé en sucesivas ocasiones con Haïm por teléfono, de familia judía de origen español-turco que, con los años, se nacionalizó belga. Es todo un referente mundial de la cultura sefardí. En 1974 fundó la asociación Vidas Largas, destinada a la preservación de la lengua y la cultura judeo-española y es autor de uno de sus libros más reconocidos en este campo: *La agonía de los sefardíes*. Cuando le dije a Arditti que estaba en contacto con él se alegró, me dijo que también tenía una apasionante historia que contar. Tenía razón.

Poco después supe de la existencia del único campo nazi de Francia, en Alsacia, Natzweiler-Struthof, donde fueron presos cerca de un centenar de españoles. Gracias a la Amical Mauthausen de Barcelona conseguí una relación de nombres y algunos datos más, pero habían pasado muchos años y apenas había documentación. Busqué a algu-

nos, los que en aquella época eran los más jóvenes y sobrevivieron. Hice muchas llamadas de teléfono, pregunté a varias entidades y asociaciones tanto en España como en Francia, solicité las fichas al campo de Natzweiler durante una impactante visita al lugar, pero nada. Al parecer, los pocos españoles que allí estuvieron habían muerto. Localicé a algunos descendientes, pero no al testimonio en primera persona. En cambio, sí conseguí visitar en su domicilio en París a Jean Villeret, quien contó su andadura por Natzweiler y Dachau.

En Natzweiler-Struthof los médicos SS llevaron a cabo terribles experimentos médicos, principalmente con los judíos. Para conocer un poco más lo acontecido, conversé con varios supervivientes franceses, alguno de los cuales tuvo compañeros españoles. Me hablaron del escritor esloveno Boris Pahor, del que había leído su obra *Necrópolis*, en la que narra su deportación a este y otros campos como preso intérprete y enfermero. Así pues, dirigí los pasos hacia Trieste para conocer y entrevistar a Pahor, un intelectual con una personalidad marcada, admirador del ya fallecido Stéphane Hessel.

Durante las primeras entrevistas y lecturas de libros de memorias, uno se impregna fácilmente del dolor y las emociones de estas personas. Luego, va asimilando vivencias, las relaciona y, desde una moderada distancia, saca sus propias conclusiones.

La mayoría, debido a su avanzada edad, poseen un discurso asimilado con los años, pero en ocasiones se entremezclan vivencias y pueden generar confusión. Por ello es imprescindible tener paciencia, dedicarles tiempo y, sobre todo, contrastar la información siempre que sea posible. Existen ensayos académicos escritos por buenos historiadores, al igual que autobiografías de algunos deportados, pocas. Pero también hay que decir que de algunos personajes entrevistados en este libro no existe apenas información, por lo que resulta complicado verificar y redactar su experiencia. En cualquier caso, lo que he intentado y espero, humildemente, haberlo conseguido, es contar parte de estas vidas al lector, lo que me han mostrado y lo que me han transmitido.

Hoy, por desgracia, cuando este libro consiga hacerse realidad, algunos de ellos ya no estarán con vida para contarlo. Sirva, por lo menos, para rendir un pequeño homenaje a todos estos valientes.

Pero, como decía al principio, todo este proceso comenzó a raíz de una historia familiar...